

“Margarita, está linda la mar”

LA REVOLUCIÓN DE LA NOVELA HISTÓRICA

Vladimir Weindlé, en su *Ensayo sobre el destino actual de las letras y las artes* (Emecé Bs. As., 1943), admitió su incapacidad por no liberarse de la importancia contemporánea de la novela, más que de la importancia de la novela

Luis Beiro

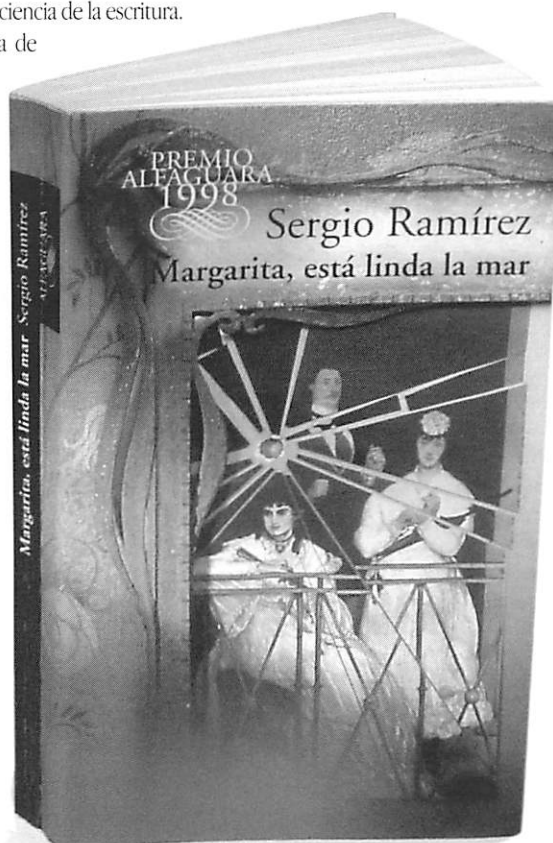
contemporánea. En su obra citada, no sólo afirma que la novela resume y sublima la ficción poética, sino que su problema capital es la visión del autor en la creación de los personajes, los cuales “más que eficaces, bien logrados, o creíbles, van a representar la más descarnada y especial ciudadanía” (ob. cit. p. 35). En otro contexto, y en medio de estos convulsos años de fin de siglo, donde la teoría de la novela se ha enriquecido no tanto por estudios definitivos sino por la aparición de obras que han abierto los límites del género, la referencia de Weindlé me viene a la mente cuando intento mis impresiones acerca de *Margarita, está linda la mar*, de Sergio Ramírez, premio Alfaguara de Novela (doble) 1988.

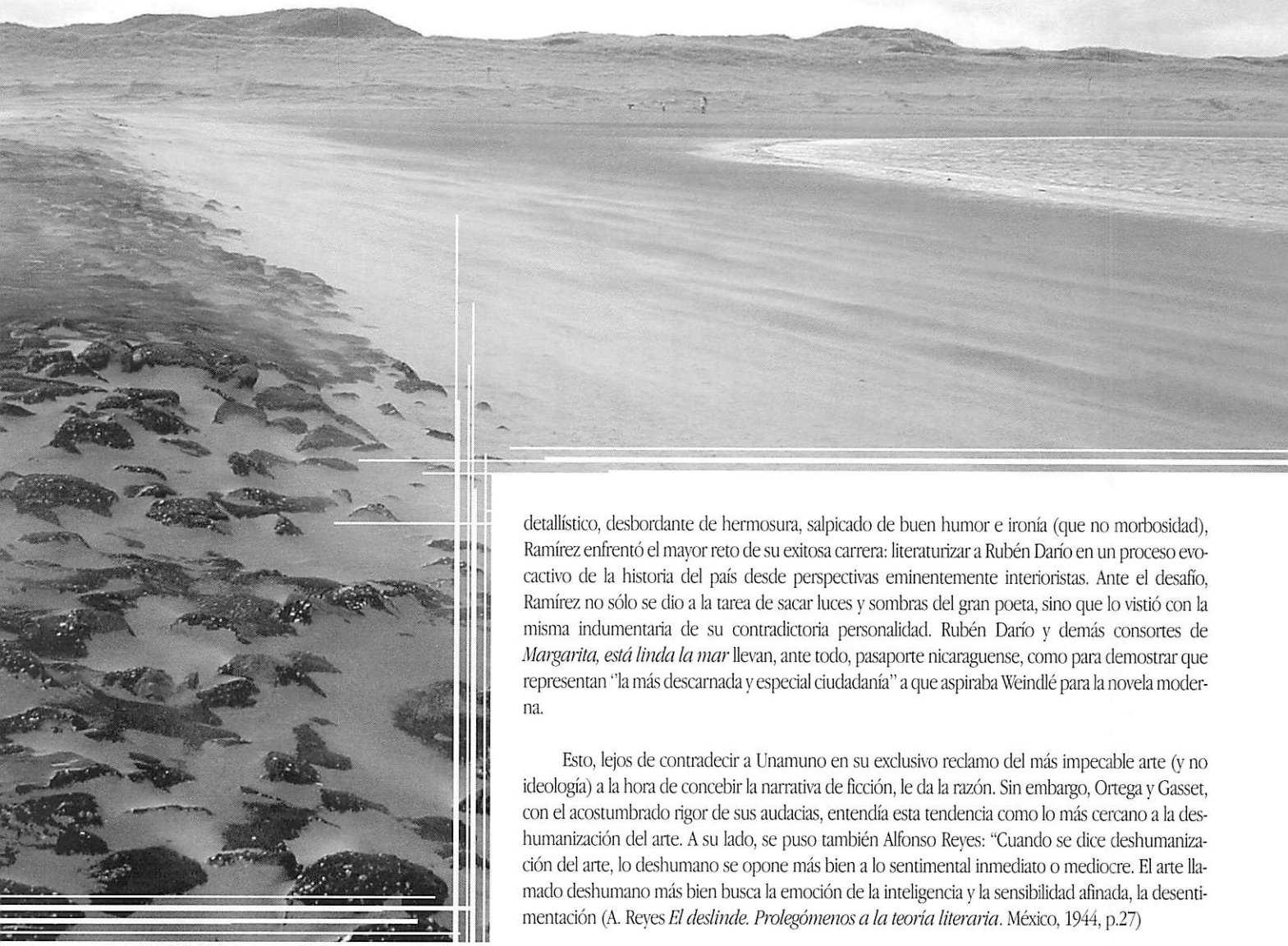
En esta obra, lo contemporáneo como concepto dentro de la novela traspasa la urdidumbre epocal (¿la trama?) para incorporarse en la estética de las posibilidades divisorias a partir de la referencia a otros géneros y manifestaciones artísticas, dentro de la ciencia de la escritura.

Margarita, está linda la mar tiene de poesía lo que la vida de Rubén Darío puede admitir de engarce a la publicidad. Los retratos epocales evocan la música no sólo como telón de fondo de los saltos episódicos, sino como constante que una y otra vez sale de la propia razón de ser de los personajes que no abandonan esa musicalidad ni cuando van a morir.

Sergio Ramírez logra quedar sepultado ante su propia creación como homenaje al reclamo de Unamuno referido a que la elaboración artística, ante todo, es la raíz de la cual brotaría la fuente novelesca. Temas y personajes entretienen la historia de Nicaragua como una fuente invisible de la que caen hombres y mujeres llenos de sueños, manchas y lunares del tamaño del mundo. Es la visión de un país a partir de la historia de sus Tertulias notables, de esas reuniones marcadas por la pasión rumorística y la intrepidez de lo insólito, donde se decidió el destino Nicaragua a lo largo de sus propias contradicciones.

Es la recreación existencial de la “mesa maldita”, al otro lado de la casa del capitán Agustín Prió; es el magnífico pretexto para recomponer la conspiración que terminó con el ajusticiamiento de Somoza; es la más exacta, hermosa, y culpable historia de Rubén Darío, pero ante todo es la más ejemplar ficción que, de Nicaragua, se ha escrito en los últimos tiempos. Armado de un lenguaje que prefiero llamar multi-





detallístico, desbordante de hermosura, salpicado de buen humor e ironía (que no morbosidad), Ramírez enfrentó el mayor reto de su exitosa carrera: literaturizar a Rubén Darío en un proceso evocativo de la historia del país desde perspectivas eminentemente interioristas. Ante el desafío, Ramírez no sólo se dio a la tarea de sacar luces y sombras del gran poeta, sino que lo vistió con la misma indumentaria de su contradictoria personalidad. Rubén Darío y demás consortes de *Margarita, está linda la mar* llevan, ante todo, pasaporte nicaraguense, como para demostrar que representan “la más descarnada y especial ciudadanía” a que aspiraba Weindlé para la novela moderna.

Esto, lejos de contradecir a Unamuno en su exclusivo reclamo del más impecable arte (y no ideología) a la hora de concebir la narrativa de ficción, le da la razón. Sin embargo, Ortega y Gasset, con el acostumbrado rigor de sus audacias, entendía esta tendencia como lo más cercano a la deshumanización del arte. A su lado, se puso también Alfonso Reyes: “Cuando se dice deshumanización del arte, lo deshumano se opone más bien a lo sentimental inmediato o mediocre. El arte llamado deshumano más bien busca la emoción de la inteligencia y la sensibilidad afinada, la desentimentación (A. Reyes *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México, 1944, p.27)

El leve exceso de Reyes implica la poca fuerza de los conceptos que en novela existen por las categorías “héroe”, “estilo” y “argumento”, puesto que se trata de una desentimentación y no de una deshumanización, y que esta saca del camino cualquier parecido a la sublimidad. Evidentemente, Alfonso Reyes clama por una novela histórica al otorgarle inevitable historicidad a toda trama, la cual se presta “tanto como el drama al acarreo del tema histórico” (Alfonso Reyes, Ob. Cit. p. 46)

En *Margarita, está linda la mar*, como quería el sabio mexicano, aparecen elementos de historicidad que impiden clasificarla o delimitarla estrictamente dentro de lo que la tradición nos ha vendido como vida pasada o historia, como beligerancia o tradición. La narración de Sergio Ramírez es imposible de conceptualizar a través de esquemas criticistas sin advertir su propio espejo físico o espiritual: *Margarita, está linda la mar* se estaba transmitiendo en Nicaragua como la misma tradición, desde mucho antes de que su autor la concibiera. Era el producto de la correlación entre el folclor vivencial y las leyendas populares alrededor de sus figuras míticas.

Desentrañar esta trama de las calles y llevarla a la página en blanco con una altura literaria digna de su prestigio autoral no le deparó divertimentos, sino largos años delante del ordenador tratando de romper el mito para incorporar a la historia sus residuos menos vulnerables. O lo que es lo mismo: su propia versión. La peculiaridad escritural de ésta novela enriquece el pensamiento teórico de la novela contemporánea esbozado tanto por Unamuno como por Ortega y Gasset y Alfonso Reyes.

En *Margarita, está linda la mar* aparece una plena filosofía contraria a la desentimentación, de la misma forma en que cruza por sus páginas un canto a la historicidad partiendo de una sensibilidad episódica universalmente local. Aquí, la novela histórica, la novela-vida, es incapaz de resig-

narse a una mera proeza estilística, o a un mas o menos osado encadenamiento de peripecias. *Margarita, está linda la mar*, es una novela de sucesos, donde la atmósfera pasa a un plano interpretativo. Representa el renacimiento de una nueva fórmula artística para enfrentar el proceso creativo de la novela histórica, dejando a un lado algunas de sus sublimidades más recalitrantes e incorporando la fantasía y la imaginación del autor y de la tradición de un país para enriquecer la vida de ese personaje e incorporarlo a nuevas y fascinantes aventuras que terminarán por conformarle un perfil mucho más creíble y humano.

Margarita, está linda la mar, no es un libro para ser leído de una vez, y mucho menos, para ser consumido en pasillos, ni en noches de insomnio. Tampoco en los minutos de receso del viaje ocasional. No estamos en presencia de una obra comercial destinada al entretenimiento masivo. Estamos frente a una estrategia de la ciencia de la literatura que merece intensas jornadas de reflexión y replanteos formales: sólo de esa forma estaremos en condiciones de emprender un paciente y definitivo viaje por el mismo corazón de Nicaragua. Para hacerla menos naturalista, Sergio Ramírez apeló a sus probados recursos técnicos para no dejarse tentar por la retórica tradicional: ese lenguaje lleno de detalles poéticos y descriptivos que de emplearlo, lo hubieran acercado más al testimonio epopéyico que a la ficción narrativa.

Un Rubén Darío irreverente, muy cercano a las pasiones humanas, pero sin abandonar su grandeza ni su gran influencia social, va creciendo como personaje no seductible ni vulnerable al apocalipsis.

En esa simbiosis, la historia no se detiene en la comprobación sino en la amplitud. Episodios ejemplares pueden ser las inusitadas Tertulias devenidas en sesiones conspirativas, donde el mundo interior de los personajes, incluso los héroes positivos, exorcizar los abismos de sus fantasmas. O tal vez la muerte de Darío, hermosamente tierna, narrada sin orfebrería incidental, reviste una credibilidad casi fotográfica gracias a su amplitud de artista. O tal vez el ajusticiamiento de Somoza, ocurrido en pleno baile de salón, al compás del famoso corrido "la múcura está en el suelo/mamá no puedo con ella" (hilvanado también como leimotiv de los instantes anteriores al hecho donde el poeta Rigoberto López Pérez ejecuta la danza junto con su calculada estrategia para acercarse al dictador quien también baila en el mismo espacio y acribillarlo a balazos) ante las insólitas miradas de testaferos y secuaces que sólo después de ver caer al Somoza pueden "abrir fuego ante el bailador acudillado". El pulso de Ramírez se ha salvado de la exageración idolátrica y de sus posiciones humanas como animal político que es: no tiembla en ningún episodio ante la fluidez de sus personajes. *Margarita, está linda la mar*, más que un documento literario es un círculo humanístico alrededor de un país que ve transformar sus acontecimientos fundamentales en piezas de leyenda. La dinamicidad, el cambio de tiempo y espacio y la constante adhesión a lo relativo (¿vida ó historia?) es la clave narrativa alrededor de la cual crecen los personajes, como si fueran seres común y corrientes.

Estamos en presencia de un acto de justicia al servicio de un propósito cultural de evidente subjetividad que, partiendo de una sociedad determinada, nos trasmuta a un estado superior. El lector de esta novela puede también colocarse en lugar y grado del autor: queda condicionado a traducir en su lenguaje el drama de su propia sociedad y de su época dentro de la siempre fascinante subjetividad.

Esa ruptura entre la fidelidad al narrar, el documento histórico y la ficción interpretativa de ese documento, es la magia que Sergio Ramírez incorpora a su discurso, distinguiendo personajes, situaciones y hasta la misma certeza de la reinención. Habría que preguntarle qué mecanismo sensitivo y extraordinario logró armar alrededor de este libro para entretejer subterfugios enriquecedores del simple anecdótico, de la prelaboración libresca y del cuestionable sentido de fidelidad cognoscitiva a partir de lo que ahora prefiero llamar como "traición de la memoria" del cronista.

Con este elemento innovador, Sergio Ramírez reinterpreta la historia sin traicionarla y este es su mayor legado a la contemporaneidad. Lo histórico en la literatura reviste un espesor mucho más cercano a la tragedia de la contemporaneidad. El escritor presenta su propia interpretación de la historia y sus actores, sin llegar a la herejía.

Luis Bairo (La Habana, 1950. Licenciado en Derecho en la Universidad de La Habana. En su país publicó varios libros de poesía e investigaciones literarias y trabajó en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba por espacio de diez años. Emigró a Santo Domingo en 1992. Ha trabajado como editor de libros y revistas. Fue condecorado por la Asociación de Escritores y Periodistas de la República Dominicana con el premio "Caonabo de oro" en el 2000, como mejor periodista extranjero. En Santo Domingo, ha publicado, entre otros, los siguientes libros: Panorama de la décima (Investigación, 1989); Dulce María Loynaz, la primera mujer de América (Antología, 1992); La décima escrita en la República Dominicana (Investigación en colaboración, 1993); Libro de Luis Ernesto (Poesía, 1994); La carnada en el anzuelo (novela, 1998 y 2002). El criterio ejercido I (Ensayos, 2000) y Pedro Mir en familia (Entrevistas, 2001)